

Tinta callejera

Aumentar la matrícula universitaria no garantiza la calidad

Por Uriel Castro | 23.10.2024

Hace unos días la presidenta Claudia Sheinbaum Pardo anunció que durante su sexenio se ofrecerán 330 mil nuevos lugares en distintas universidades públicas, como la Universidad para el Bienestar Benito Juárez, la Rosario Castellanos, de la Salud, el Tecnológico Nacional de México y el Instituto Politécnico Nacional. Se ve que la Presidenta va por lo grande, no pequeñeces.

En apariencia, el mensaje es bastante aspiracional y entusiasta al haber mencionado que “la educación es un derecho, no un privilegio ni una mercancía”, y por supuesto que concuerdo con sus palabras. Es un proyecto bastante prometedor que podría beneficiar a muchos jóvenes si se considera que muy pocos llegan hasta el nivel superior. Será hasta el final de su sexenio que quedará en evidencia si cumplió o no con su palabra. No obstante, existe un punto que puede ser debatible desde este momento y que, de hecho, difiere en esta ambiciosa iniciativa: ampliar la capacidad para recibir a nuevos alumnos por parte de las universidades públicas no garantiza una mejor calidad educativa.

De una vez lo dejo claro desde el principio: ésta no es ninguna investigación, pues entiendo que para asegurar tal afirmación se necesita un sustento, y el término “calidad educativa” puede ser muy ambiguo. Aún así, la gallardía me motiva a tomar el riesgo de ser linchado, y me atrevo a decir que la educación en México, que muchas veces ha sido criticada y con justa razón, bueno, carece de muchas limitaciones.

Si tomamos en cuenta que muchos alumnos, por no decir todos e independientemente del nivel educativo al que pertenecen, salen con muchas

lagunas de conocimiento y con una preparación incompleta. Por si fuera poco, la infraestructura educativa es deficiente e inapropiada; quizá algunas escuelas solo carecen de algo que pareciera insignificante como unos pupitres, pero en otras entidades del país ni siquiera existen edificios propios para recibir a los estudiantes, y si los hay se encuentran apartados de las comunidades o la violencia, impulsada por el crimen organizado, impide que los niños y adolescentes asistan a clase. Además, ya es una clara desventaja estudiar si se pertenece a un grupo vulnerable: indígenas, migrantes, mujeres y personas en condición de pobreza.

¿De qué sirve que existan más lugares si las condiciones sociales y económicas de los estudiantes no son las más favorables? Lamentablemente existen más desventajas que oportunidades para que los jóvenes puedan tener una educación de calidad. Se podrán construir cientos de nuevas escuelas, pero no tiene sentido si los alumnos están más preocupados en otros asuntos: la lejanía de la escuela; la violencia que azota a la entidad; ¿trabajar o estudiar?; no contar con computadora; tener apetito en clase; violencia doméstica; no hablar español, etc.

De acuerdo con datos del **Panorama sobre Educación 2024** de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) , en México solo el 22% de los adultos de 25 a 64 años cuentan con estudios superiores, es decir, licenciatura, ingeniería, carrera técnica, maestría o doctorado, mientras que el 78% posee una educación menor a la media superior. Si bien esta estadística se enfoca en un rango de edad, es alarmante que el acceso a la educación superior sea sumamente complejo, como un lujo que muy pocos pueden permitirse.

Tampoco hay que dejar de mencionar que en México el gasto anual por alumno en todos los niveles educativos es de \$3,513 dólares, en contraste con los \$14,209 de los estados miembros de la OCDE. Asimismo, es alarmante que solo se

invierta 4.2% del producto interno bruto (PIB), inferior al 4.9% que manejan el resto de los países de la organización antes mencionada.

Estudiar en este país es todo un reto, como una carrera fangosa y empedrada en el que muchos no llegan a la meta y se quedan a la mitad del camino. Uno posee conciencia estudiantil y vive y siente las adversidades que implica ser estudiante, aun cuando se es parte de una universidad pública con apoyo de una beca. Pero esta conciencia se formó en la Ciudad de México, y en estados como Guerrero, Oaxaca o Chiapas la situación es peor para muchos jóvenes, en donde las comunidades están tan marginadas que la educación es una posibilidad para muy pocos.

La iniciativa que impulsa la Presidenta es lo que necesita este país, que las universidades lleguen a más lugares y sea más accesible para los más desfavorecidos, pero hay muchas problemáticas detrás que deben ser atendidas antes que abrir nuevos espacios en las instituciones educativas, pues es contradictorio aumentar la matrícula si no existen las condiciones aptas para los alumnos.